

Los Libros

«EL MUNDO ES ANCHO Y AJENO», por *Ciro Alegría*. Editorial Ercilla. Santiago de Chile, 1941

Estamos aquí frente a frente y cara a cara con el voluminoso libro de *Ciro Alegría*: «El Mundo es Ancho y Ajeno».

Nuestra primera impresión no puede ser más satisfactoria. Se avanza cada día más a la realización de la *verdadera novela americana*. Y decimos verdadera, por que es erróneo suponer que antes de haberse escrito esta obra, por el recio escritor peruano y de otras dos o tres más—entre ellas citamos: «La Vorágine» de Rivera, «Los de Abajo» de Azuela, «Doña Bárbara» de Gállegos—se haya hecho algo en favor de la cristalización del espíritu y carácter americanos.

Claro está que por ahí circulan decenas de títulos—más o menos atrayentes—de librería, que con la propaganda interesada, se han endiosado y justipreciado en mucho, pero en mucho más de lo que en sí realmente valen. Y con esto basta de prolegómenos y entremos de lleno en el análisis del libro.

Un grueso volumen—repetimos—pero que sin embargo, cuando terminamos su lectura, nos deja una impresión de «nosaciedad». «Nosaciedad» en cuanto que quisiéramos que el libro se alargase, para poder seguir contemplando las figuras dolientes y humanas, que tan bien nos pinta Alegría.

Son veinticuatro capítulos—en quinientas nueve páginas—las que nos presenta el autor de «La Serpiente de Oro» y de «Los Perros Hambrientos» y se queda corto. En ellos, nueva-

mente, nos muestra una típica descripción de lo que es la sierra peruana. Sus indios, sus animales, su maíz, su trigo... y sus gamonales. Nombre, este último, que se puede identificar con el de latifundista chileno, pero guardando las distancias y latitudes correspondientes.

«Sus gamonales»: la cuestión social a la vista y bien expuesta. Debemos recordar que no es la primera vez que Alegría, mira con ojos bien abiertos y sin velos, el problema humano y candente de la comunidad indígena. Lo ha tocado de soslayo en varios de sus cuentos y relatos. Y lo mira acertadamente. No estamos—ni podremos estar nunca—de acuerdo con Alone, cuando dice que el autor se extralimita y pinta descarnadamente y sin verismo la psicología de los gamonales. Dice el crítico chileno: demasiado duros, demasiado crueles son los gamonales de Alegría, para creerlos verdaderos. Si no son esas sus palabras textuales, eso es lo que parece querer decir. Y cuando se refiere a los indios, expresa Alone, que se traslucen y transparentan demasiado ingenuos y simples. En esto hay una falsa apreciación de criterio. Nos explicamos. Rosendo Maqui—el alcalde de la comunidad—es un indio lleno de experiencia y de sabiduría, a pesar que la sencillez de sus ideas y costumbres, se le puedan calar sin necesidad de una doble introspección. Hay ingenuidad, es cierto, pero también hay socarronería y audacia en el Fiero Vásquez—por ejemplo—. Y también Alegría describe gamonales a los que no les falta alma ni sentimientos humanos.

Tomando y sopesando en globo los capítulos de la novela premiada, a nuestro criterio, sobresalen con nítidos y propios caracteres tres capítulos y ellos son: el primero—«Rosendo Maqui y la Comunidad»—el quinto—«El maíz y el trigo»—y el último—¿Adónde? ¿Adónde?

En esta notacrítica, nos dedicaremos a examinar, muy someramente por cierto, y valorizar los aludidos capítulos y quizás para el próximo mes, volveremos sobre la obra de Alegría, en cuanto al problema del «indio y la tierra».

En el primer capítulo, el novelista peruano se encarga de su tarea, con bastante soltura y original estilo, que no mantiene a través de toda la obra. Nos pinta con pinceladas largas, pacientes y minuciosas la figura cumbre del relato: Rosendo Maqui. A través de este personaje se puede decir que ya conocemos la psicología del indio peruano. Y hacemos la salvedad, que este indio puede estar actuando a fines del siglo pasado, como en la actualidad. El tiempo no ha variado, en casi nada, las circunstancias de su vida.

Aun más, si leemos con detención, el capítulo, podemos verificar un hecho, que ya alguien ha mencionado: y es que con él sabremos a qué atenernos respecto de toda la novela. Conoceremos su leit—motiv: la tierra—su trama lenta, etc.

Cuando Alegría va siguiendo con suma paciencia, los pasos e ideas del viejo Rosendo Maqui, estamos asistiendo a toda la historia de la comunidad. Y que picardía—ingenuidad la titula Alone—nos muestra el tal Rosendo, cuando dice Alegría: ... «los lomos de venado cambiaron de destinatario y fueron a dar a manos de Rosendo». Esto a propósito de cierta opinión del viejo Rosendo en que defendía a Abdón, el cazador de venados, (pág. 13).

«El maíz y el trigo». Así sobriamente titulado este capítulo, encierra tanta belleza que nos deja perplejos. El solo vale por una novela entera. Augusto y Marguicha con sus amores; Adrián Santos y su juventud; el reparto de la cosecha y las necesidades de los comuneros. Hay mucho de épico en estas páginas, que recuerdan al instante a Tomás Mann. Y no es de extrañar, ya que Alegría se encuentra entre los más devotos del ilustre novelista alemán.

Cuando los indios han perdido sus tierras y Marguicha—la mujer de Benito Castro, el nuevo jefe de la comunidad—implora a su marido, pidiendo que le señale un derrotero, las palabras: ¿Adónde? ¿Adónde? iremos?, brotan conjuntamente de los labios de la india y de los nuestros.

Esa es la trágica y cruel interrogante. ¿Adónde irán los comuneros, si les quitaron todo y los despojaron de sus tierras? Parece que Alegría ha dejado esbozada—con sus preguntas—una segunda parte de esta granítica novela.

¡Qué figuras! ¡Qué figuras! El Fiero Vásquez; Benito Castro; los futres raros. Seguramente que muchas páginas de crítica y comentarios se van a llenar con esta—la última, por ahora—obra de *Ciro Alegría*.—HUGO DEL CAMPO.



SOMBRA EN EL AIRE, por *Stella Corvalán*. Ed. «El Ateneo»
Buenos Aires

Hemos observado gozosamente que la poesía femenina de Chile se enriquece cada día con nuevos valores jóvenes. *Stella Corvalán* llega últimamente con un poemario bastante significativo. No debemos considerar a su autora como una poetisa en ciernes, prometedora, sino que debemos considerarla en todo su apogeo y esplendor intelectual. Hay en su obra madurez. El balbuceo lírico queda muy lejos, tal vez en libros anteriores que la autora no ha dado a la publicación. Por esto decimos que «Sombra en el aire» es una obra de madurez, además porque no solamente encontramos intuición poética, sino también dominio, selección, rasgos estos difíciles de hallar en libros primerizos. A pesar de su notorio dominio sobre la creación, nos parece que en *Stella Corvalán*, el verso surge solo, como en todo auténtico poeta. La espontaneidad a veces es peligrosa. Sin embargo la poesía siempre brilla en las obras de alcurnia como un lucero en el cielo, o es visible como las rocas bajo aguas cristalinas. Por ahora diremos que «Sombra en el aire» está lleno de un lirismo esencial, purificado, fresco. La riqueza de imágenes y metáforas brillantes singularizan su expresión. El sentimiento femenino aparece diáfananamente. Es su voz la de un corazón abierto que